

**TÍTULO: ROCKEFELLER.**

Pseudònim: Andròmaca.

Rockefeller.

Disimulé todo el tiempo que pude. Mi marido andaba zascandileando con alguna. Después de veinticuatro años de rutinas familiares, una se da cuenta enseguida .Por los detalles, digo. El padre de mi hijo es más agarrado que un chotis, así que carece de explicación que despilfarre en una colonia para hombres, de marca, y no digamos que después de afeitarse se ponga una crema hidratante de Biotherm for men para las ojeras. Pero lo definitivo fue que motu proprio se comprase seis calzoncillos nuevos en Carrefour, cuando siempre se los ha encargado con desgana a una servidora. La chica debía ser jovencita y fogosa. Primero porque afortunadamente bajó bastante la frecuencia de nuestros sosos encuentros sexuales del sábado, y segundo porque hay que ser ingenua para cargar con un tipo de cincuenta años que, pelas aparte, tiene la fecha de caducidad no muy lejana y un bote de tinte para canas, con su cepillito y todo, en el neceser.

No sufrí demasiado. Una decepción profunda, al principio, y después constatar honradamente la realidad: hacía mucho que yo le engañaba a él porque ya no lo quería, y hacía como que sí. Eso sin quitar cierto afecto, por los servicios prestados y porque en algún momento fuimos una pareja feliz. La verdad es que lo más valioso de él acabó siendo que nuestro hijo tuviese en casa a su padre y a su madre, y...que pagaba las facturas.

Yo por las noches, le abrazaba con beatífica sonrisa, le decía “que descanses” con cariño y sin la menor molestia, pues las rutinas al final van solas. Y por las mañanas estaba encantadora preparándole su desayuno y el del chaval, escondiendo en el alegre desorden matutino de colegio y bolsas de deporte, una pacífica normalidad. Señor, Señor, que dure...

Pero claro, pese a la confortable comodidad que yo intenté proporcionarle en el hogar, la fogosilla empezó a requerir pernoctas, y fines de semana de viajesitos, y algún detallito del Corte Inglés, y al final, el pobre tuvo que pasar el trago de ponerse muy serio y explicarme que en realidad nunca se había sentido querido. Que para mí, nunca había sido lo primero ni mi prioridad, que por fin alguien le valoraba como persona y le quería sobre todas las cosas, bla, bla, bla... Debe haber un manual para tontos, porque todos dicen lo mismo. ¿Cómo si no van a justificarse, ante una mujer que se ha dejado la piel, lealmente, para que la familia funcione? Al final, he de reconocer que tuve un ataque de tristeza, y estuve llorando por mi amor perdido y por el fin de una etapa que comencé enamorada y con infinitas esperanzas.

Lo realmente malo vino después. Salió de casa con las maletas repletas, y con su nómina bajo el brazo. Mi sueldo siempre ha sido la mitad del suyo, y la primera remesa de facturas, con el saldo demediado sin previo aviso, dejó la cuenta a cero, con lo que tuve que pedir dinero prestado a mi madre para poder pasar por Mercadona. Y materialmente comer. Dado que gano algo más que el mínimo de no sé qué baremo demencial, me tuve que buscar una abogada del barrio, que nunca se lo agradeceré bastante, me permitió pagarle cuanto acabasen los pleitos, y a poquitos.

Me tocó una jueza que por la mañana se había tragado una escoba, sin la menor duda. Cuando yo le expliqué que con mi sola paga no podía hacer frente a esa casa; que nunca la hubiese comprado ni elegido con mis únicos recursos; y que si mi “ex” no seguía colaborando en mantenerla, mi hijo pagaría el pato, y sufriría “recortes”, aquella me miró desde el firmamento de la suficiencia, y con infinito desdén me informó que la ley ordena que sea yo quien pague solita la luz, el agua, el ADSL, el gas, y todo, todo y todo, como la catalana de occidentes esa. Le faltó poco para llamarme “aprovechada”. Y por supuesto que debía hacerme cargo de la mitad de los gastos de mi hijo.

Él, en su rebelde adolescencia, exigió a su padre que le dejase seguir en su habitación, con sus cascos y sus posters. Y aunque los hijos no quieren saber nada de “los marrones” de sus mayores, ni tomar partido, y se intentan preservar de tanta estupidez, mi héroe me apretó la mano y me dijo, “yo me quedo contigo”.

Lo que me quitaba de verdad el sueño, está encarrilado. Nuestro retoño va al Insti, y saca unas notazas. Está bien, porque tiene muchos amigos y a esa edad, eso es lo que les da la vida, que exprimen como un limón, benditos ellos. Y su padre, que en el fondo es más simple que malo, a mí no me quiere, pero a él, sí.

Ahora vivo haciendo malabares. No puedo ahorrar ni un euro. Las faldas empiezan a hacer brillos, por los años, y alargo la vida de los zapatos poniéndoles tapas. Cuando mi hijo se va con su padre, gracias al cielo, le pido lo que necesita de extras (¡¡un portátil estas navidades!!) y yo aprovecho para apagar la calefacción y pasar con una manta, un sándwich y un yogur. No me

quejo. Hay mujeres que lo pasan peor. Yo al menos tengo un pequeño trabajo, pero poneos en el lugar de aquellas que tienen que pasar con lo poquísimo que les dan, cuando les dan, los padres para los hijos.

No es infrecuente que la de la escoba les invite a que “se busquen un empleo” y se ganen la vida, para no vivir “a costa” de su “ex”. ¡Madre mía! ¡Con la que está cayendo! Si se pudiesen sacar puestos de trabajo de la chistera, seríamos el país más feliz del mundo. La ley del divorcio debió hacerla Rockefeller, con el asesoramiento de “Magia Borrás”.

No os he contado que estoy de portera de un colegio de niñas. A veces cotilleo las notas que me dejan en el mostrador para las chicas. Todas me quieren, porque procuro facilitarles las cosas y como no he tenido hijas, son como si fueran mías...Y cuando alguna tiene un cate, le digo: ¡Que no me entere yo que vuelves a suspender! ¡Mira que como poco tienes que ser la presidenta del Banco de España ¡ Y ellas: vaaale, María. ¡Eres peor que mi padre!